

Después de leer este escrito reconozco que no me ha gustado su tono, más preocupado por la imagen del centro que por defender al agredido, más preocupado por la irrupción de los medios de comunicación que por la existencia del hecho en sí.

Mirad, el tema del acoso escolar es una situación nueva a la que nos enfrentamos habitualmente todos quienes nos dedicamos a la enseñanza en Secundaria. Se trata de un tema muy, muy delicado, donde interviene la figura del acosador o acosadores, la víctima, el entorno familiar de los protagonistas, el profesorado, la dirección del centro, los medios de comunicación y las autoridades educativas.

Generalmente el proceso es el siguiente. Existe una persona que es diferente; porque es muy gorda, porque es muy flaca, porque es muy tímido, porque es de otra nacionalidad, porque es de otra religión, porque tiene algún defecto físico, porque es más débil, etc. Automáticamente, en la clase hay uno o varios que empiezan a burlarse de él, a pegarle collejas, a ponerle zancadillas, a romperle el material escolar, a insultarle, a unos niveles que podrían calificarse de violencia de baja intensidad. Entretanto la mayoría de la clase es testigo de esos actos y asisten como espectadores, a veces en silencio, otras jaleando a los agresores, pero siempre con la complicidad del silencio. Es en esas etapas cuando los profesores debemos detectar esas situaciones y cortarlas de raíz. No es fácil, pero en tutoría intentamos hablar de estos temas y poner los pelos de punta cuando escuchas a adolescentes de 14/15 años decir con, imagino palabras de sus padres; "se lo merece", "él se lo ha buscado", "él lo provoca". Entonces es cuando el profesor debe echar mano de todos los recursos que pueda para intentar convencer a los chicos de lo aberrante de su conducta. No siempre se logra convencerles, más bien diría que casi nunca, pero hay que intentarlo. Al menos que el agredido sienta que te estás preocupando por él y que los agresores noten una presión sobre ellos. Te puedes ayudar con la proyección de "Furia" de Fritz Lang o "La jauría humana" de Arthur Penn. Pero en realidad lo que hay que hacer es intentar charlar con los chicos individualmente e intentar hacerles ver que la agresión física o verbal hacia otro compañero es una falta grave que puede sancionarse con el máximo rigor. La ayuda del Jefe/a de estudios y del psicólogo es fundamental.

Para mí es prioritario que el agredido sienta que los demás, el tutor, la dirección, nos preocupamos por él. Suelen ser personas débiles, tímidas, con dificultad para comunicarse y notar la solidaridad, el apoyo y la firmeza hacia los agresores les ayuda mucho.

Sé también que al hablar de estos temas con los compañeros, encuentro muy poca comprensión; “siempre ha ocurrido así”, “la gente exagera”, “si le pegan debe responder”, “si se le protege se convertirá en un cobarde”, “los chicos deben resolver sus conflictos entre ellos y nosotros no tenemos por qué meternos”. Esas personas opinan así hasta que es su hijo/a la víctima. De esta forma el cobarde acto del acoso encuentra su caldo de cultivo adecuado, la “comprensión” cobarde del entorno y el aislamiento del acosado. Así hasta que algo se rompe; suicidios, intentos de suicidio y agresiones brutales.

Cuando esto sucede nadie acepta su nivel de responsabilidad, los acosadores no existen, la dirección del centro intenta minimizar los hechos, las autoridades académicas se ponen a hablar de estadísticas y la muerte de un ser humano se convierte en declaraciones del tipo “...en la comunidad que gobernamos la incidencia de la violencia es un 27,586% menor que en otros países de nuestro entorno”. Y si la prensa habla más de la cuenta se le acusa de sensacionalismo. Al suicida se le vuelve a maltratar de nuevo; “era una persona inadaptada”, “tenía problemas de conducta”, “visitaba a un psiquiatra”. El caso de la niña (16 años) muerta hace unos meses, alumna de un colegio privado concertado de Elda es absolutamente indignante. El hecho de que existieran vínculos familiares (padre e hija) entre un profesor y una de las acosadoras hizo aparecer el fenómeno del corporativismo más despreciable. El silencio cobarde de los profesores junto con el acallamiento de la prensa, tras unos inicios de buena información, enterró más profundamente a esta víctima.

Mientras ese sea el código de conducta de los implicados seguiremos teniendo acoso. Por eso, bienvenidos sean los medios de comunicación, bienvenidas las comisiones de investigación, bienvenidas sean las conductas valientes de quienes declaren la verdad y sobre todo, antes de llegar a estas situaciones debemos detectar los inicios del acoso y concienciar a los alumnos de la necesidad de ponerse al lado de quien es acosado. De los adultos, ya los doy por perdidos, pero en nuestros alumnos quizá podamos conseguir convertir su natural predisposición de juvenil generosidad, en una bandera por la que comprometerse. Aparte de enseñarles Física, Lengua y Matemáticas debemos enseñar a nuestros alumnos a cultivar la solidaridad, a luchar por una causa justa, a sentirse vinculados por la defensa de quienes son un poco más débiles, un poco “diferentes”, a desprenderse del egoísmo, de la insolidaridad y a sentir el

acoso hacia los demás como una cuestión personal, que a todos nos implica y que no podemos mirar hacia otro lado cuando esas cosas suceden.

Quizá, así, esos jóvenes cuando sean adultos, tengan una actitud más solidaria hacia el acoso y sean como decía M. Hernández "... el martillo, verdugo de esa cadena..."